

—Cierto, tambien yo lo entiendo así, dijo Julian, quien comenzó á recelar que la compañía del habladorcillo no sirviese mas que para aumentar el disgusto de una carcel en lugar de aliviarle.

—¡Oh! ¡Oh! dijo el enano, volviendo aun al mismo asunto, tenia yo tambien otros motivos de aprension, porque le vino en gana el duque de Buckingham, padre del actual duque, por la plenitud del favor que gozaba en la corte, de mandar que se llevara el pastel á la cocina, y se pusiera en el horno; alegando muy fuera del caso, que estaria mucho mejor caliente.

—Y, ¿no turbó esta proposicion, caballero, su tranquilidad de alma?

—No lo negaré, amigo mio, la naturaleza tiene sus derechos, y el mas valiente de nosotros no puede desconocerlos. Pensaba yo entonces en Nabucodonosor y en su horno, y el miedo me hacia ya sentir los efectos del calor. Pero, Dios sea bendito, tambien cuidaba yo de mis deberes para con mi real señora, y esta idea me forzaba á resistir á toda tentacion de mostrarme antes de tiempo, y me daba

fuerza para ello. Sin embargo lor Buckingham, y si era por malicia pido al cielo que se lo perdone, fué tras el pastel hasta la oficina, y mandó con urgencia al cocinero que le metiera en el horno, aunque no fuera mas que cinco minutos; pero este hombre de bien y que lo sabia todo, resistió á obedecer la orden con valor varonil, y me presentaron sano y salvo en la mesa real.

—¿Y vm. no tardó mucho en librarse de la carcel?

—Si, señor, llegó por fin, puedo decirlo, este momento feliz y glorioso. Levantóse el ojaladre y yo salí del pastel al son de trompetas y clarines, parecido al alma de un guerrero llamado á dar su cuenta final, ó mas bien, si la comparacion no es demasiado audaz, como un campeón que ve deshacerse el encanto que le retenia. Entonces fué cuando el escudo al brazo y mi fiel espada en la mano, ejecuté una especie de danza guerrera, en la que mi ciencia y agilidad me hacian bastante amaestrado, desplegando al mismo tiempo actitudes de ataque y defensa de un modo tan

inimitable, que casi ensordecí con los aplausos de todos los que se hallaban alrededor de mí, y ahogado por el diluvio de agua de olor que todas las señoras de la corte me echaban con los frasquitos. Hallé también el medio de vengarme del lor Buckingham, porque al ejecutar una danza pirrica encima de la mesa, moviendo la espada en todas direcciones, le dirigí un golpe á las narices, una especie de tajo cuya destreza consiste en tocar muy por encima el objeto que al parecer se pretende alcanzar, pero sin maltratarle. Vm. habrá visto hacer lo mismo á un barbero con la navaja, le aseguro á vm. que retrocedió pie y medio lo menos de distancia. Tuvo el atrevimiento de amenazarme de que me partiría el craneo con el hueso de una pata de pollo, como se expresó con desden; pero el rey le dijo: — Jorje has hallado un Rolando por un Oliveros*, y yo continué mi danza mostrando una indiferencia la mas grande á vista de su descontento, lo que no se hubieran osado hacer muchos en-

* Es decir has hallado con quien hablar. Proverbio inglés que corresponde al castellano: donde las dan las toman. — ED.

tonces, aunque me veia animado por la sonrisa del valor y la hermosura. Pero, ¡ah! caballero, la juventud, sus placeres, sus locuras, sus pompas y altivez, son tan poco durables como la llama centelleante de un haz de espinos destinado á calentar una olla.

— La flor echada en un horno habria sido mejor comparacion, decia Peveril para sí; ¡Justo cielo! debe un hombre haber vivido bastante para echar de menos el no ser joven, que le traten como un pedazo de carne y le sirvan en un pastel.

Su compañero, cuya lengua habia estado tan presa desde cierto tiempo como su persona, parecia decidido á desquitarse de esta opresion, aprovechando esta oportunidad, para satisfacer su locuacidad á costa del compañero de carcel. Continuo pues en su tono magistral moralizando la aventura que acababa de contar.

— Los jóvenes mirarán sin duda envidiosos á un hombre, que se hallaba de este modo en el caso de ser el favorito y la admiracion de la corte.

Julian se disculpó enteramente de toda tentacion de envidia.

— Y con todo eso, prosiguió Geoffrey Hudson, mas vale tener menos medios para distinguirse, y no verse expuesto á las calumnias, á pérfidas insinuaciones y al odio que van siempre con los favores de la corte. ¡Cuantos envidiosos se atrevian á darme rechifla porque mi talla difiere en poco de la ordinaria! Algunas veces tambien se burlaban de mí personas que yo debía respetar, y que no se hacian cargo tal vez de que una misma mano formó al rey-zuelo y la avutarda, y que el diamante aunque pequenito vale diez mil veces mas que el granito. Sin embargo como no llevaban en ello mas intencion que chancearse, y como el deber y la gratitud no me permitian contestarles, me vi obligado á buscar medios de vengar mi honor á costa de los que no siendo de un rango superior al mio, es decir que eran criados ó cortesanos, me trataban como si fueran superiores á mí por su clase ó dignidad, tanto como lo eran por la circunstancia accidental de la estatura. Y como si hubiese sido esto una

leccion dada por la providencia á mi soberbia, y á la de los demas, sucedió que el banquete de que llevo hablado, y que miro con razon como la época mas honorífica de mi vida, no siendo acaso aquella en que tomé parte con el príncipe Ruperto en la batalla combatiendo á su lado, este banquete, vuelvo á decir, vino á ser causa de un suceso trágico que miro como la mayor desgracia que me ha sucedido desde que me conozco.

Hizo pausa entonces el enano, dió un gran suspiro que manifestaba su pesar, y continuó en el tono de importancia propio de la narracion trágica:

— Habria vm. pensado, joven, con la sencillez propia de su corazon, que nunca se podia haber hablado sino en honor mio de la bella fiesta que acabo de trazar, y que no se habria citado sino como una especie de mascarada imaginada con mucho ingenio, y todavía mejor ejecutada. Nada de eso. Los cortesanos, envidiosos de mi mérito, y del favor que disfrutaba, ejercieron sus talentos á mi costa, y no hallaron en esto sino motivos de escarnio.

En una palabra, se me llegaron á escaldar tanto los oídos con las alusiones á los pasteles, á los ojaldres y á los hornos, que oían por todas partes, que me ví precisado á prohibir este asunto de irrisión só pena de incurrir en mi desagrado. Pero habia en este tiempo un joven bien nacido, hijo de un caballero baronete, generalmente estimado, amigo mio particular, y de quien, por consiguiente, no deberia yo esperar esta clase de chanzas tan pesadas, que no sufriria mas segun lo tenia declarado. Con todo eso, una tarde que le hallé en casa del portero del rey, debo advertir á vm. que él habia bebido un poco de mas, como era muy malicioso, gustó de tocar otra vez esta materia tan repetida, y de decir con referencia á un pastel de oca, cierta expresion que no pude menos de reconocer como que hablaba conmigo. Sin embargo no hice mas que advertirle de su impertinencia con toda firmeza, pero con tranquilidad, pidiéndole que mudara de conversacion, si no queria probar los efectos de mi enojo. No hizo caso del aviso, continuó en el mismo tono, y agravó su falta llamándome reye-

zuelo, y haciendo comparaciones tan odiosas como inútiles; en cuya vista me ví obligado á enviarle un cartel de desafio y nos emplazamos. Como yo queria ciertamente á este joven, hubiera querido batirme con él á la espada, no siendo otro mi intento que escarmentarle con una ó dos heridillas de poca ó ninguna gravedad; pero él escogió la pistola; y habiendo venido á caballo al terreno indicado, sacó por arma principal uno de esos ridiculos instrumentos usados por los muchachos traviesos para echarse agua unos á otros un.... una.... no me acuerdo como se llama.

— Una geringuilla, dijo Peveril, que comenzaba á recordarse de haber oido hablar de esta aventura.

— Justamente. Es el nombre de ese ingenio de travesura, cuyos efectos he probado mas de una vez al pasar por la escuela de Westminster. Pues bien, caballero, esta prueba de desprecio me puso en precision de hablarle en un tono que le fué indispensable servirse de otras armas de mayor importancia. Combati-

mos á caballo colocados á distancia convenida, y avanzando frente á frente uno contra otro, al dar cierta señal tiramos; y como yo nunca yerro el golpe, tuve la desgracia de matar del primer tiro al respetable señor Crofts. No desearia yo á mi enemigo mas cruel un sentimiento como el que yo tuve, cuando ví á este pobre joven tambalearse en la silla, caer del caballo, y teñir la tierra con su sangre. Pongo al cielo por testigo que hubiera querido volverle la vida perdiendo yo la mía. Así murió un joven valiente y de las mejores esperanzas, sacrificado á las bufonadas de que no supo abstenerse por falta de reflexion. Y sin embargo, ¡ah! qué podia yo hacer, pues que nos es tan necesario el honor para vivir como el aire que respiramos, y siendo así que se puede asegurar no vivimos si consentimos la mas leve mancha.

El tono dolorido con que contó este héroe pigmeo la última parte de su historia, dió á Julian mejor concepto de su corazon y talento, porque hasta entonces no habia podido concebir gran idea de un hombre que con-

taba como un honor le hubieran servido á una mesa en un pastel, concluyó de aquí que este campeoncillo se habia prestado á tan loca idea por la necesidad en que le tenia su situacion, por su propia vanidad y por la lisonja de los que trataban de divertirse á su costa. El destino del desgraciado Crofts y las diversas hazañas de este belicoso enano durante las guerras civiles, donde ciertamente mostró valor, y mandó una compañía de caballeria, infundieron un poco mas circunspeccion á los cortesanos en sus chanzas, chanzas tanto menos necesarias quanto que sir Geoffrey, cuando no las gastaban con él, rara vez dejaba él mismo de manifestarse ridículo.

A la una se presentó el llavero, fiel á su palabra, con una comida pasadera y un frasco de vino de bastante buen gusto, aunque un poco flojo para nuestros dos presos; y el viejo, que era amigo de comer bien, notó sonriéndose que el frasco era tan diminutivo como él. No se pasó la noche sin que Geoffrey diera nuevas pruebas de su locuacidad. Es cierto que su ta-

rabilla tomó otro caracter mas grave que el de la mañana.

Luego que se vació el frasco, principió una larga oracion en latin, y este acto de devocion fué una introduccion para discurrir sobre asuntos mas serios que los tratados antes de comer, y que no habian recaido sino sobre la guerra, el amor de las señoras y el brillo de la corte.

El caballerito arengó desde luego sobre puntos polémicos de teología, y no se apartó de este camino espinoso sino para hacer una excursion por los intrincados laberintos de la mística. Habló de inspiraciones secretas, de las predicciones que hicieron profetas sombríos, de los espíritus que avisan, de los secretos de los Rosa-Cruz, de los misterios de los cabalistas; cuyos asuntos trató con tal apariencia de conviccion y citando tantas veces su propia experiencia, que se le hubiera tenido por un miembro de la familia de los Gnomos, á quienes se parecia en lo pequeño.

En una palabra, perseveró tanto tiempo charlando, que Peveril resolvió hacer todo lo posible para lograr que le separasen de su

compañía. Luego que acabó el viejo todas sus oraciones vespertinas en latin, porque era católico, comenzó, mientras se desnudaba, otra historia, y no cesó de hablar despues de acostado hasta que le cerró el sueño los ojos lo mismo que á su compañero.